

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Uno podrá inventarse todo un mar de excusas, valederas o no, para huir de la mesa de trabajo que nos acecha desde un inoportuno rincón, posponiendo indefinidamente el acto de comunión con la escritura. O decidirse, después de tantas vacilaciones, a enfrentarla, como si uno estuviera sobre un cuadrilátero con ese inasible contendor que es la palabra. Pero al sonar la campana e inaugurarse la hora de la verdad, cuando ya no hay cabida para nuevos aplazamientos, a uno no le queda más remedio que sentarse a escribir. Como expresó García Márquez en una ocasión: “Cuando se quiere escribir algo, se establece una especie de tensión reciproca entre uno y el tema, de modo que uno atiza el tema y el tema lo atiza a uno. Hay un momento en que esa relación alcanza un punto ardiente en el que todos los obstáculos se derrumban solos, los conflictos se apartan, y a uno se le ocurren cosas que no había soñado, y entonces, no hay en la vida nada mejor que escribir”.¹

Pero ese acto de comunión tan especial tiene, por lo menos, dos momentos: en uno, se pone al espíritu en disposición de entrarle a la escritura, y en el otro, se organiza el material para hacer posible el acto escritural.

¹ Apuleyo Mendoza, Plinio. En: **Libre** (París). (3): p. 7; marzo-mayo 1982.

La gente que escribe bien, nos ha regalado algunos consejos para emprender el primer momento, que no es más que una suerte de calistenia del espíritu. Tomemos uno al azar, digamos el de Virginia Woolf: “La manera para volver a ponerse a escribir, es la siguiente: primero, leves ejercicios al aire libre. Segundo, lectura de buena literatura. Es un error creer que la literatura puede producirse partiendo de materiales no elaborados. Hay que quitar la vida de en medio (...), una debe adquirir calidad exterior; muy, muy concentrada, toda ella centrada en un punto, sin verse obligada a basarse en las desperdigadas porciones de un personaje que vive en el cerebro”.²

Las técnicas para superar el segundo momento, vital para hacer inteligible nuestro discurso, vienen de libros frescos como este que ahora prologo, y que rezuman entre sus páginas, como las cosas esenciales, trabajo y experiencia.

Niria Suárez, la autora, se aparta un momento de su labor de docente e investigadora para compartir con nosotros esta guía práctica que nos orientará en la ardua tarea de la investigación documental. Así, paso a paso, Niria nos introduce, como una hábil cicerone, en el intrincado laberinto de las bibliotecas, dándonos las claves iniciáticas para emprender con propiedad la maravillosa aventura de la escritura.

Sólo me resta desearle a usted, amable lector, un viaje provechoso en este océano lleno de sargazos de letras y signos.

Rafael Cartay

² Woolf, Virginia. **Diario de una escritora**. Barcelona: Editorial Lumen, 1981, p. 76.